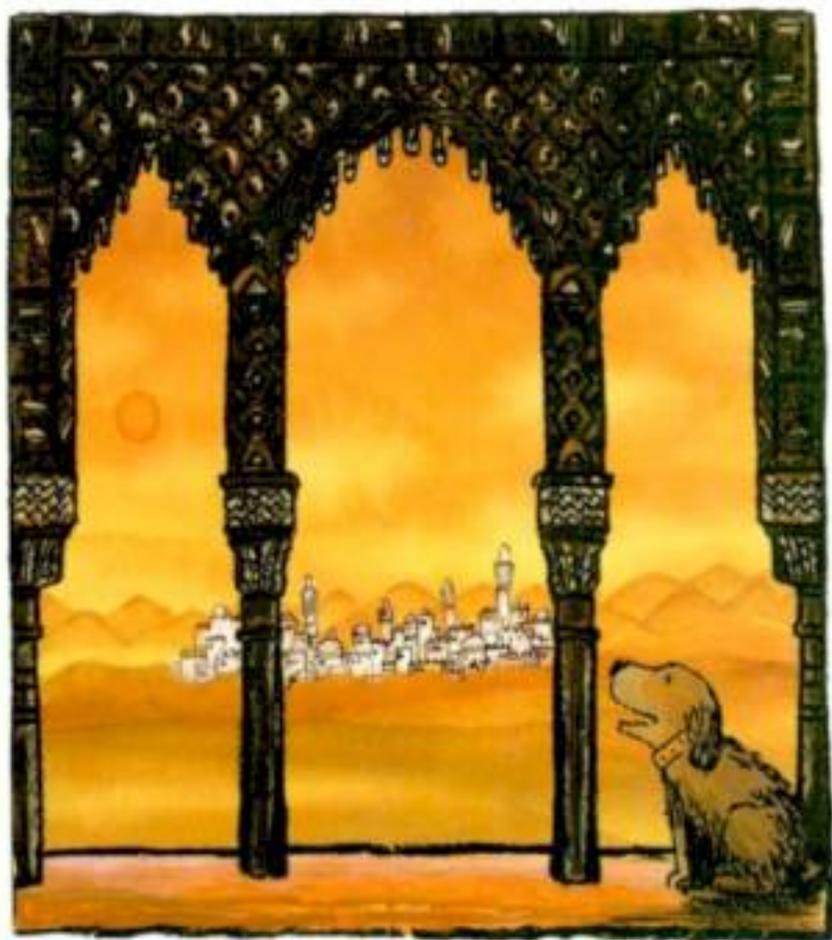


ala delta

Xosé Antón
PET POSSE

LA HISTORIA DE ALÍ



Braulio, un viejo marinero retirado, cuenta a su nieto Nicolás una maravillosa historia de extraños encantamientos en la que se vio involucrado cuando navegaba por las costas de Turquía. Todo quedará desvelado cuando Alí, reconvertido en persona, se presente ante Braulio.

Xosé Antón Pet Posse ha recibido varios reconocimientos a su labor narrativa. Escribe y publica en gallego y catalán, si bien esta obra que ahora nos ofrece es original en castellano.

Índice de contenido

Cubierta

La historia de Alí

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que los niños no tuvieron pasado, sólo un precario presente y un incierto futuro.

Hubo un tiempo en el que los hombres abandonaban el campo para instalarse en las ciudades, buscando en la civilización del ruido y del asfalto el progreso y la mejor calidad de vida. El campo no daba para más; en cambio, la ciudad ofrecía una vida distinta: objetos nuevos, nuevas relaciones sociales, acontecimientos vertiginosos y sobresaltos insólitos.

A lo largo de la historia, los hombres buscaron afanosamente nuevas emociones, intentando descifrar los misterios de lo desconocido. Si así no hubiera acontecido, el mundo no habría evolucionado y aún hoy estaríamos vegetando en los alrededores de las cavernas.

No siempre en ese apasionante deambular por las páginas de la historia, en esa búsqueda de lo ignoto, los hombres han sido afortunados. No todo el progreso ha sido previsible y positivo, al alejarse el hombre de sus raíces: la tierra y la familia.

Los niños nacidos en las ciudades, en los años de emigraciones interiores, no tenían pasado, porque ni convivían con sus abuelos ni compartían sus historias.

1

Sí Braulio Mendoza fijaba los ojos en la mar, se sentía como un islote: sólo percibía el movimiento de las olas a sus pies y el aleteo de las gaviotas sobre su cabeza, bajo el azul del cielo. Era como un islote solitario de carne y hueso, absorto; compendio de todos los que había divisado en sus tiempos de marino desde la cubierta del buque.

En su pueblo tenía amigos con los que solía conversar, pero, desde que se había jubilado, gozando de buena salud, se sentía varado en tierra, sin rumbo definido, y las horas se le hacían monótonas y tediosas.

Cierto que, cuando al anochecer se acercaba hasta el bar, no le interesaban demasiado las largas parrafadas de sus contertulios, a los que oía hablar sin percibir lo que decían ni el tema que trataban. Él se abismaba en sí mismo para concentrarse en sus pensamientos.

Toda su vida fue un solitario, sin llegar a desentrañar si esta faceta de su personalidad era un rasgo hereditario, consustancial a él, o significaba la secuela de una profesión tan romántica como retirada: la de navegante.

La sensación de soledad lo embargaba cada día con más vehemencia desde que falleciera su esposa Adela, mujer menuda en cuyo semblante lechoso se reflejaba en vida, como una cruel premonición, un precario estado de salud.

Ahora Braulio Mendoza vivía solo. Su único descendiente, su Alfonsito, residía en Barcelona, donde desem-

peñaba un alto cargo como ingeniero de telecomunicaciones en una empresa multinacional. Sentía que su soledad era más insufrible, más angustiosa, menos llevadera que la experimentada durante cincuenta años de vida en la mar. Antes deseaba llegar a puerto para estar al lado de los suyos, esposa e hijo, y esta ilusión lo mantenía esperanzado; ahora, ya definitivamente en tierra, se sentía como un viejo muelle abandonado.

Durante el verano, aunque los días eran más largos, se le hacían más cortos y llevaderos que en invierno. En esta estación del año, las noches, especialmente, le parecían interminables. Se despertaba a cualquier hora, sobresaltado, presintiendo que alguna desgracia se cernía sobre su cabeza, temiendo que tan súbitas interrupciones del sueño nada bueno podían presagiarle.

Como hombre de mar desde los quince años, era un ser muy supersticioso, que creía adivinar en la forma de las nubes, en las señales del horizonte, en los silbidos del viento, en el vuelo de las aves y en las manchas de la luna, mensajes, advertencias y premoniciones de distinto signo. Quizá estas fantasías de su cerebro fueran, como su marcada misantropía, frutos de una larga y dura existencia de incomunicación, carente de afectos familiares y de contactos humanos más frecuentes.

Si hubiera tenido más hijos, otros hijos, tal vez alguno de ellos le hubiera reclamado a su lado. Pero su Alfonsito, como él solía llamarle cariñosamente, estaba muy lejos. Ni él ni su esposa habían mostrado interés alguno en llevarlo a vivir con ellos. Lo visitaban, eso sí, en los veranos, y lo llamaban por teléfono al menos una vez al mes.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, hijo. De momento, sin novedad. ¿Y vosotros?

—Lo mismo que tú —respondía Alfonsito—. Espera, que ahora se pone Nicolás.

–Está bien.

–¡Hola, abuelo! Ya falta menos para el verano.

–Sí.

–¿Iremos a pescar?

–¡Claro!

–¿Y Alí? ¿Aún no ha vuelto a casa?

–Aún no.

–Dicen que los perros se guían por el olfato.

Alí era un perro que él había tenido de un modo tan insólito como provisional.

Si Braulio Mendoza fijaba los ojos en la mar, se sentía como un islote comunicado con su hijo por medio de un teléfono para un caso de extrema emergencia.

2

«**E**N Barcelona amanece una hora antes que en el pueblo», pensaba Alfonso Mendoza, el hijo de Braulio, cuando a las siete de la mañana contemplaba ante el espejo su cara blanquecina, en la que sobresalía un negro mostacho, más poblado que su cráneo, víctima de una calvicie incipiente y prematura. «¿Cómo estará el abuelo?».

Desde su nacimiento, Alfonso Mendoza había pasado muy poco tiempo con su padre, al que siempre vio como un extraño, aunque instintivamente lo amara. Nunca sus vidas fueron paralelas sino divergentes. Cuando su padre navegaba por esos mares y puertos del Señor, él cursaba sus estudios en un internado. Si su progenitor disfrutaba de un permiso más o menos largo, él seguía allí, rodeado de libros en aquel colegio marista. Después de visitarlo, su padre, muy emocionado, regresaba al pueblo para descansar y hacerle compañía a su madre.

Al mirarse cada mañana al espejo, Alfonso Mendoza veía reflejado el rostro de su madre: su mirada y la misma contracción en el párpado superior de su ojo izquierdo. «¡Será posible...!», farfullaba. Para camuflar esta visión, se había dejado crecer el bigote, que le infundía la apariencia viril que su difunta madre no poseía.



Esta imagen de ella lo perseguía por doquier, como si ambos rostros, superpuestos, coincidieran. Eran las suyas, calcadas, las facciones de aquella señora Adela, menuda y frágil, cuyos ojos traslucían tan escaso vigor como su voz aflautada, que se extinguió para siempre en un atardecer del otoño.

Cada mañana la misma visión en el espejo, y cada día, también, aquel viaje por la autopista hasta su trabajo. Entonces, ya al volante, presentía como si su señora madre estuviera sentada en el asiento delantero del coche, a su lado, y como si, compungida, lo observara, recriminándole la falta de interés por su anciano padre.

–¿Qué quieres que haga, mamá? –se disculpaba en voz alta, consciente de que ni su madre podía estar físicamente sentada a su lado ni ningún otro ser humano podía oírle–. Comprende la situación.

Entonces creía escuchar una voz del más allá; dulce, muy dulce: la voz de su difunta madre, la misma que en las mañanas estivales de vacaciones le hablaba a su lado, mientras le servía el desayuno.

–Piensa en la soledad de tu padre, Alfonso, hijo. Piensa en lo mucho que ha trabajado durante todos estos años por esos mundos de Dios. Ahora sólo os tiene a vosotros.

–Sabes que Tita es muy rara, mamá.

–Lo sé, hijo mío, pero tienes que convencerla. Tu padre nunca será un estorbo para vosotros. Sabe arreglárselas solo. Lo que él necesita es compañía y afecto.

–Sí, mamá.

Como si retornara de un mundo de ensueño, exhalaba un suspiro y concentraba su atención en el asfalto, de cuya existencia había perdido la noción por instantes. El compromiso mental que adquiriría con el espíritu de su madre, cada mañana, camino de la fábrica donde trabajaba como ingeniero, se le borraba de la cabeza durante el día, al tener que emplear la mente en otros cometidos ineludibles. Durante horas se le desdibujaba del cerebro la imagen materna, hasta la mañana siguiente, cuando acudía aún somnoliento al cuarto de baño y, al contemplarse en el espejo, en su semblante se superponían los rasgos faciales de la difunta, atenuados por aquel mostacho negro que, afortunadamente, había decidido dejarse.

Tenía el palpito, la lacerante corazonada, de que Tita, su esposa, jamás aceptaría que su padre fuera a vivir con ellos. No se había negado de un modo frontal, definitivo, pero, conociendo su carácter, se temía lo peor.

Al día siguiente se justificaba ante el que consideraba el espectro de su madre, sentado en el asiento delantero, a su lado:

—No insistas más, mamá. Ya sabes cómo es Tita. Las cosas son como son. No digo que con el tiempo... A lo mejor si el viejo sufriera algún percance...

—¿Qué quieres decir? —le reprochaba su madre—. ¿Que sólo lo recogerías en el supuesto de que tu buen padre sufriera una desgracia? ¡Vaya familia! ¡Él os necesita ahora!

Para no seguir escuchando aquella voz de ultratumba, Alfonso Mendoza, Alfonsito para los de su pueblo y para su padre, empujaba una casete hacia el interior de la ranura de su aparato magnetofónico y se disponía a distraer sus pensamientos con unas canciones napolitanas en la voz de Luciano Pavarotti.

Al instante escuchaba las primeras notas de *Te voglio bene assaje* y concentraba su atención en la música.

3

ALBERTA Valdés y Menéndez, según constaba en su documento de identidad y en su partida de nacimiento, Albertita para sus padres y hermanos, y Tita para los amigos, se sentía una mujer realizada: tenía una carrera universitaria, que ejercía; un marido y un hijo.

A su marido Alfonso lo conoció a la edad de dieciocho años, cuando ella veraneaba con sus padres en el pueblo de él, en un puertecito pesquero perdido entre acantilados, pinos y brumas del litoral noroeste español. Al principio, al salir en grupo con otros jóvenes veraneantes de su edad, Alfonso la pareció un tipo insignificante, modosito y fofo. Pero después, al tratarlo con más asiduidad y atención, la resultó un joven interesante por sus acertadas ocurrencias, su sentido del humor y su docilidad.

Alfonso era el polo opuesto al padre de Tita: un militar enérgico e intransigente, que ordenaba y mandaba en su casa más que en el cuartel.

Su padre decía: «Tráeme las zapatillas». «Sírvenme una copa». «Apagad esa luz». «Éstas no son horas para volver a casa. ¡Que sea la última vez!». Alfonso, en cambio, ni ordenaba ni pedía, rogaba: «¿Te puedo ayudar en algo?». «¿Necesitas alguna cosa?»...

Contrajeron matrimonio y, al trabajar los dos, disfrutaban de una situación económica desahogada, lo que les permitía criar a su único hijo con primor, en el Colegio Británico. A los diez años, Nicolás hablaba perfectamente el

inglés, y destacaba, sin grandes esfuerzos personales, en sus estudios. Era, lo que se suele decir, un niño extravertido y de buen talante.

Alberta, Tita para los amigos, ejercía y desarrollaba su carrera de abogada en un bufete, del que era socia con otros colegas, y en cuyo despacho pasaba la mayor parte del día. Este trabajo la obligaba a almorzar fuera del domicilio, al que regresaba al anochecer.

A las nueve de la mañana dejaba a su hijo Nicolás a la puerta del Británico. A las cinco de la tarde lo recogía Adelaida, una filipina que estaba al servicio de la familia desde hacía unos trece años.

Tita tenía una obsesión enfermiza por la limpieza. Cuando regresaba al hogar, recorría las distintas habitaciones de la casa para comprobar su estado. Si detectaba un objeto fuera de su lugar, ponía el grito en el cielo:

—¿Quién ha dejado esto aquí? —gritaba—. ¡Adelaida! ¿Cómo ha podido suceder...?

El hogar de los Mendoza Valdés era una bombonera: cada cosa en su sitio, todo pulcramente ordenado.

Cierto día, después de hablar con su padre por teléfono, Alfonso le dijo:

—Mi amor, he notado muy decaído a mi padre.

—¿Qué quieres decirme? Habrá tenido un mal día. Todos tenemos alguno.

—No sé. Parecía triste, sin apenas voz...

—No veo por qué.

—¡Mujer! Está tan solo...

—Mis padres también estuvieron solos hasta que fallecieron. Pero mi padre era todo un carácter.

—¡Ya lo creo! Sin embargo, el caso de tus padres era distinto. Se hacían compañía el uno al otro. Además, tu hermana vivía en el piso de encima.

—La soledad es muy relativa. Nunca es absoluta. Por otra parte, tu padre ya debería estar acostumbrado. Toda su vida ha sido un lobo de mar pacífico y solitario.

—Sí, pero, a la vejez, la soledad se siente de otro modo.

Tita no se definía, no decía ni que sí ni que no. O eso le parecía a Alfonso cuando, muy sagazmente, le hablaba de la situación actual de su progenitor.

Ella, como es lógico suponer, amaba a su hijo Nicolás de un modo poco común. No lo quería sólo como al fruto de sus entrañas, sino también como al ser que el destino había depositado en sus manos para hacer de él un triunfador. Su marido Alfonso era lo que era y ella poco podía influir en su formación, pero Nicolás en parte sería, y no le cabía la menor duda, lo que ella se propusiera: un líder, un niño perfectamente instruido para lograr las cimas del éxito.